

MONTAIGNE, M. de, *Diario del viaje a Italia por Suiza y Alemania (1580-1581)*, Barcelona: Acanalado, 2020. ISBN: 978-84-17902-33-9.

---

DOI: 10.24197/ERHBM.8.2021.207-209.

Montaigne es uno de los escritores más célebres de todos los tiempos. Su pensamiento, menos superficial de lo que se suele admitir, no merece tampoco incluirlo entre el de los más grandes filósofos de Europa. Este escritor francés tiene, con todo, un encanto irresistible, una frescura que raramente se encuentra en los demás autores del Renacimiento. Sabía ser ambiguo sin parecerlo, irónico sin hacer ostentación, y profundo en la trivialidad. En ello reside, tal vez, el atractivo que Montaigne ha ejercido sobre lectores de todos los tiempos, quienes le han dispensado un reconocimiento que abarca desde los *amateurs* hasta los eruditos más conspicuos. La catarata de escritos sobre Montaigne es superior a los que hay sobre cualquier filósofo humanista. Ha recibido el favor de los especialistas, quizás en demasía, gracias a unas cualidades inmarcesibles: no pasan los siglos para su prosa, pueden leerla todos y admite tantas interpretaciones como exégetas.

Poco después de la primera edición de sus *Essais*, en 1580, Montaigne emprendió un viaje a Italia, pasando por Suiza y Alemania, que duró “diciete meses y ocho días” (p. 371). Esta obra es un complemento idóneo a los inmortales *Ensayos*, que muestran al mismo Montaigne, narrando su quehacer diario y sus impresiones de la peregrinación por Europa. Ciertamente es que esta obra no fue pulida para publicarse, y que tiene páginas más ramplonas junto con otras de gran exquisitez. Sin embargo, en este *Diario* se percibe una vez más la grandeza narrativa del escritor quien, hablando de sí mismo y de sus pequeñeces, tiene la virtud de reconciliar al lector con su propia –y a menudo, huera– interioridad.

En castellano existían diversas ediciones de este *Diario*: una selección llevada a cabo por Jaume Casals en 1986, una edición bilingüe debida a José Miguel Marinas y Carlos Thiebaud, publicada en 1994, y la de Santiago R. Santerbás, que apareció en 2010. Sin embargo, Jordi Bayod, especialista en la filosofía del Renacimiento, que había perpetrado una excelente traducción de los *Ensayos* (Barcelona, Acanalado, 2007) decidió continuar su labor con el *Diario*, buscando una integración de ambas obras. No hay duda de que con las traducciones habidas hasta ahora el lector podía disfrutar plenamente del *Diario*; sin embargo, la de Jordi Bayod tiene una sensibilidad histórica y filosófica superior, pues se beneficia de las anteriores, y les añade su particular experiencia como traductor e historiador del pensamiento.

Así como otros autores como Jaume Casals o –más recientemente, Martín González Fernández– han seguido el juego a Montaigne, con una lectura crítica y lúcida de su obra, en un diálogo con ecos contemporáneos, la actitud de Bayod es exquisitamente hermenéutica: lejos de “hacer filosofía” con Montaigne, se “limita” a acompañar al lector, allanando sus caminos, haciéndole más fácil el recorrido. La anotación del libro es siempre rigurosa y pertinente, pues ayuda a esclarecer los nombres y los conceptos, sin que ello suponga una interrupción tediosa. Al contrario, las notas están pensadas para favorecer una lectura ágil. Esta limpieza en la

exposición no debe entenderse, en absoluto, como inanidad o falta de personalidad; al contrario, es rasgo y timbre de los mejores editores.

El estudio introductorio, lejos de ser una demostración vacua de erudición, está pensado para orientar al lector, al tiempo que le marca algunos temas fundamentales en los que la crítica mantiene el mayor desacuerdo: “cuestiones como la salud, la libertad política, la religión, lo que podríamos llamar los logros de la civilización, el arte, pero también el mundo de las cortesanas y el problema del dinero. Montaigne los yuxtapone y entremezcla prescindiendo, aparentemente, de toda jerarquización” (p. 22).

Bayod no solamente se refiere a los avatares de la edición, sino que enmarca sabiamente el libro en su contexto, y proporciona algunas claves interpretativas. En la introducción se explica con detalle la doble autoría del Diario: “un doméstico de Montaigne se encarga de la redacción del Diario hasta febrero de 1581” (p. 19), cuando fue despedido o licenciado por el propio Señor de Montaigne, quien tomó la tarea de acabarlo. Para Bayod, al igual que para Rigolot, existe una cierta subjetividad por parte del secretario que, sin embargo, no empaña la unidad de la narración, ni el control global que ejerció Montaigne sobre la misma.

La principal diferencia con los *Ensayos* sea, tal vez, que “no sólo no disimula u oculta el cuerpo enfermo sino que lo exhibe” (p. 30). De hecho, al lector actual tal vez se le haga pesado el número de veces que explica el color de su orina, el tamaño y la textura de las piedras que expulsa o la cantidad de arenas que evacúa. La enfermedad es protagonista del viaje, en el que Montaigne explica con detalle sus deposiciones o dolores de cabeza. Frente a la estigmatización contemporánea de la enfermedad, la lectura de esta obra puede ser un correctivo. El escritor francés anota aquello que le preocupa, que no solamente es la visita de ciudades, palacios y ruinas, sino -ante todo- la preservación de la salud. De ahí la parada en los baños termales, y la morosa explicación de cada uno de ellos: el tipo de agua, su sabor, el número de vasos, las duchas... y, sobre todo, los resultados obtenidos.

La política o la religión de Montaigne ha hecho verter ríos de tinta. Sigue siendo difícil para el hombre contemporáneo entender a autores tan ambiguos como Cervantes o Montaigne. Las personas religiosas ven en sus escritos una muestra inequívoca de piedad, mientras que las que no lo son, entienden que –bajo sus frases– se esconde un librepensador. El *larvatus prode* cartesiano bien podría aplicarse a Montaigne. Descartes y Montaigne, como se puede leer en el *Diario*, peregrinaron a los pies de la Virgen de Loreto. Ambos cumplieron con los preceptos eclesiásticos y oyeron misa muy a menudo. Sin embargo, en sus obras, especialmente en el *Diario*, se percibe una actitud poco dogmática, sino tolerante con las demás confesiones. En su visita a las ciudades suizas y alemanas, Montaigne no solamente anota las personas que conoce, los rasgos de la comida y las particularidades de las estufas, sino que se interesa vivamente por las “nuevas iglesias”.

Probablemente de Montaigne, como de Cervantes o Descartes, deba decirse que eran personas tolerantes y poco dogmáticas, aunque es difícil mantener que fuesen descreídas. La lectura desapasionada del *Diario* ayuda a configurar esa idea: es muy complicado afirmar el agnosticismo o el ateísmo en aquella época, en la que la religión era omnipresente y que ligaba mucho más al hombre con una cosmovisión trascendente, la cual -ciertamente- en aquellas décadas empezaba a resquebrajarse.

Recorrer con Montaigne las ciudades suizas, alemanas y, sobre todo, italianas, es un raro lujo, tanto por sus anotaciones cuanto por la experiencia cultural que supone una inmersión en

la mentalidad de una época. Ante todo, el escritor francés dejó constancia de a quién pertenecía cada ciudad o villa (a un señor eclesiástico o laico), cuál era su situación geográfica, cuáles eran las dificultades de acceso y alojamiento, así sus principales rasgos arquitectónicos, políticos y sociales. Montaigne no escatimó los comentarios de orden económico, al examinar los precios de los albergues y los *vetturini*.

Sus comentarios son sabrosos y acertados. Cada lector podrá subrayar una frase u otra, dependiendo de sus querencias. Me quedo con esta, que describe la Ciudad Eterna: “En cuanto a las ventajas de Roma, yo sostenía, entre otras cosas, que es la ciudad más común del mundo, y aquella en la que la condición de extranjero y la diferencia de la nación se tienen menos en cuenta. Es una ciudad, en efecto, que por su naturaleza misma está formada por extranjeros. Todo el mundo se encuentra en ella como en su casa” (p. 229).

Cabe indicar, en fin, que la edición –como suele ocurrir en Acanalado– es espléndida. He detectado pocos *lapsus calami* (en las pp. 63 y 97), que pueden subsanarse, sin mayor problema, en el futuro. Hay un mapa en el que se indican todas las ciudades recorridas (pp. 50-52), y los apéndices finales contienen páginas provechosas: una selección de fragmentos de *Los ensayos* sobre los viajes, la censura de los *Ensayos* en Roma (1581), y una detalladísima cronología del viaje (pp. 395-401). Un minucioso índice final remata una obra de tan bella factura como de delicioso contenido.

Rafael Ramis Barceló.  
Universitat de les Illes Balears – IEHM.  
c.e.: [r.ramis@uib.es](mailto:r.ramis@uib.es).